

## **LA UNIÓN EUROPEA ANTE LA AMENAZA DE LOS PAÍSES DE BAJOS SALARIOS Y LA DESLOCALIZACIÓN EMPRESARIAL**

La incorporación a la Unión Europea (UE) de un numeroso grupo de países ex comunistas de Europa central y oriental y la creciente presencia del mundo periférico en el mercado mundial plantean varios interrogante que, presentados en sus enunciados más generales, tienen un indiscutible impacto mediático: ¿Se encuentra amenazado el nivel de bienestar alcanzado en Europa o, por el contrario, los nuevos procesos de internacionalización contribuyen a reforzarlo? ¿Puede ser esa mayor integración en los mercados comunitario y mundial una vía de desarrollo de las economías más atrasadas de la periferia europea?

Esas preguntas, como no podía ser de otra manera, admiten miradas y perspectivas muy diversas y hasta opuestas. Antes de nada, es justo reconocer el derecho –la obligación, incluso- que asiste a los países no desarrollados de instrumentar estrategias económicas y sociales orientadas hacia la modernización de sus estructuras productivas y empresariales. Desde hace décadas, las agencias comerciales y financieras internacionales insisten en que la apertura al exterior de las economías menos desarrolladas es la condición *sine qua non* para capturar los beneficios de la globalización: más mercado, más recursos, más competencia. La expansión de las exportaciones con destino a los países ricos, el aumento de las inversiones extranjeras directas realizadas en los países del Sur y los movimientos migratorios transfronterizos son algunos de los resultados más visibles de la nueva dinámica internacionalizadora.

Analizar la viabilidad para el mundo periférico de una ruta modernizadora que se articule alrededor de las políticas de apertura externa e intente replicar las estructuras y los modelos de crecimiento de los países desarrollados es una de las cuestiones centrales que debaten desde hace años diferentes escuelas y corrientes económicas sin llegar a un acuerdo. Sí parece claro, en cambio, que en los últimos años se ha consolidado un nuevo panorama en la economía mundial donde los jugadores procedentes del Sur y del Este tienen un protagonismo creciente en parcelas que, hasta ahora, parecían reservadas al mundo próspero.

Las importaciones comunitarias procedentes de los países de bajos salarios han aumentado y, lo más significativo, han ganado en sofisticación tecnológica; han crecido igualmente las deslocalizaciones y las operaciones de subcontratación internacionales realizadas por empresas ubicadas en los países prósperos de la Europa comunitaria en beneficio de las economías situadas en el Este del continente o en otros países extracomunitarios; finalmente, los flujos de inmigrantes que, cumpliendo los requisitos legales o en condiciones irregulares, se desplazan hacia las economías de la UE más

*Editorial.* La Unión Europea ante la amenaza de los países de bajos salarios y la deslocalización empresarial.

avanzadas desde los países comunitarios de bajos salarios y desde el mundo no desarrollado no han dejado de crecer.

No cabe cerrar los ojos a las consecuencias negativas de estas dinámicas: competencia entre los trabajadores de menor cualificación, destrucción de puestos de trabajo, aumento de las desigualdades sociales, debilitamiento de los espacios de concertación colectiva, pérdida de capacidad productiva y cambios en las relaciones de poder favorables al capital y a los intereses privados, en detrimento de los trabajadores y de la acción pública. Tampoco deben pasarse por alto los beneficios –no sólo económicos, sino también políticos y estratégicos- del reforzamiento de las relaciones entre las antiguas economías que configuraban la UE, los nuevos Estados miembros y la nueva periferia comunitaria. En lo que concierne a las dos últimas ampliaciones, la transformación sistémica de las economías del centro y este de Europa y su apertura exterior han representado una importante fuente de crecimiento y negocio para las economías y empresas comunitarias, que, por razones de cercanía geográfica y cultural, han estado situadas en una privilegiada posición para beneficiarse, en un primer momento, de la implosión del orden comunista y, posteriormente, en la última década, de la integración y fuerte crecimiento logrado por las economías poscomunistas.

Más que “amenazada”, la UE se enfrenta a un complejo desafío que requiere una reflexión de gran calado y una estrategia de desarrollo económico y cohesión social y territorial en un espacio comunitario más heterogéneo y desigual. Esta reflexión desborda con mucho los límites de un diagnóstico que, sin más precisiones, da por establecida una idea –existe una amenaza externa- cuyas implicaciones en términos de políticas económicas –coyunturales y defensivas- podrían debilitar el necesario impulso de una estrategia reformista y dificultar la adaptación de los gobiernos comunitarios y del conjunto de los agentes económicos y actores sociales a un entorno externo en permanente mutación.

Un debate articulado alrededor de las amenazas que provienen de la deslocalización, la inmigración o la competencia proveniente de los países de bajos salarios no sólo es simplista y sesgado, es también y sobre todo un análisis errado que puede impedir cualquier tipo de examen autocrítico sobre los límites e insuficiencias de un proyecto comunitario, unos modelos de crecimiento y unas políticas económicas que, muy posiblemente, están en la base del discreto balance económico, social e institucional que ofrece la UE en los últimos años. Si ese debate se convierte, porque así lo impongan las grandes organizaciones empresariales y financieras y los partidarios del paradigma neoliberal, en un argumento para impedir el desarrollo social y político de la UE, debilitar las políticas públicas de protección y cohesión social o impugnar el papel de las instituciones en la regulación e impulso de la actividad económica, la UE quedaría a merced de los vaivenes de la globalización y sin capacidad para generar un proyecto propio económico, político y social diferenciado del que promueven los mercados globales y los grandes poderes financieros que se lucran de la ausencia de reglas e instituciones adecuadas de gobernación mundiales.